## XVII

### EL APOSENTO DEL SEÑOR DUBOIS

El señor Dubois era un gramático de fuerza aterradora. Nada igualaba la severidad implacable de su justicia en cuanto se refiere al sentido y relaciones de los vocablos, y en cambio juzgaba la ortografía con tanta indiferencia que nunca le preocupó su exacto uso; no comprendía que se perdiera el tiempo en tales minucias. Llamaba a la gramática de Noel y Chapsal una gramática de cuartel general y la suponía impuesta por la insaciable tiranía de Napoleón que al ejercerse lo mismo sobre las ideas que sobre los actos esclavizaba la inteligencia. Y cuando mi madre se refería ante el señor Dubois a la regla de los participios, su perpetua inquietud, la consternaba la respuesta del anciano, quien acerca de los participios no quería saber más que Pascal y Racine, que no supieron nada.

El gusto literario del señor Dubois me producía un respeto y un asombro indescriptibles.

Era clásico, pero con severidad crítica y filosófica, seguro fundamento de todas sus opiniones. A su juicio Saint-Evremond era más inteligente que

Pascal, y Bossuet expresaba pobres ideas en estilo dificultoso; su *Discurso acerca de la Historia Universal* era tan estúpido como la *Historia* de Pablo Orose, de la cual fué tomado.

—No es posible—decía—que agrade Corneille a un hombre ilustrado, puesto que Napoleón le admiraba.

Efectivamente, su tragedia *Horacio* huele a carnicería. Para el señor Dubois, el *Espíritu de las Leyes* y el *Ensayo acerca de las costumbres* eran los dos monumentos más hermosos de la inteligencia humana. Le complacían las tragedias de Voltaire a pesar de la pobreza de su estilo; en cuanto a los poetas, para él no había ninguno aparte de los griegos y los romanos, que le deleitaban; y como era bibliófilo, solía llevar en el bolsillo un Theocrito o un Cátulo pequeñito y bien impreso.

Sabía de memoria el Virgilio, y recordaba que habiendo recitado una vez con el general Miollis el Libro IV de la *Eneida*, se les cayeron a los dos abundantes lágrimas. La rima de la versificación moderna le crispaba; le parecía un recurso bárbaro para impresionar a los hombres ignorantes y groseros y satisfacer a los oídos incultos con las cadencias acompasadas. Suponía que la repetición periódica de las mismas terminaciones, en su origen fué un recurso mnemotécnico para las personas faltas de retentiva; lo cual no le impedía sentir el goce que le proporcionaban los versos de La Fontaine, de Voltaire y de Parny. Desconocía en su totalidad los



poetas románticos. De la prosa contemporánea solamente leyó libros de política y de historia. *Las Memorias de Ultra Tumba*, produjeron en el público una decepción, y desagradaron sobre todo al señor Dubois, quien reprochó a Chateaubriand excesivo descuido en el lenguaje y vacuidad en el pensamiento.

Un gusto de tanta rigurosidad no podía ser muy comunicativo. Por añadidura, los hombres ordinarios tardan en formar su gusto, y solamente lo consiguen por una experiencia larga y a veces penosa. Como el gusto es el sentido de lo agradable, se afina en el sufrimiento. El noble anciano, que se interesaba por mí desde mi juventud, no me enseñó los secretos del lenguaje, pero me inspiró el sentimiento de las artes imitativas, y un ardiente entusiasmo por la belleza sensible.

El señor Dubois, como todos los arqueólogos de su tiempo, conocía principalmente la escultura griega por obras de la época romana. No le faltaron el concepto de la grandeza y de la sencillez, pero hasta muy tarde no había visto los mármoles del Partenón, y el *Laoconte* aún era para él la más acabada expresión de lo bello; a pesar de lo cual no dejaba de tener un criterio propio.

Como recorrió Italia cuando no eran aún frecuentes los viajes, y trató con alguna intimidad a los artistas de su época: sin derroches pudo formarse un gabinete de curiosidades, del que disfrutaba en silencio. Y como en este mundo no hay

dicha completa, su ama de llaves turbaba la paz de aquel interior tranquilo y deleitoso. Clorinda «bebía» y el señor Dubois, aun cuando aquello era un secreto, había dicho una vez a mi madre que una noche encontró a Clorinda sin sentido, en absoluta embriaguez, sobre el suelo de la cocina incendiada. Me asombró que no la despidiera, pero mi madre no compartía mi asombro.

De cuando en cuando, al enterarse de mis progresos me decía:

—Hijo mío, yo te mostraré mis antigüedades, y también algunos lienzos de los que ahora nadie pinta porque sufrimos una invasión de barbarie. Se olvida el dibujo.

Para él eran bárbaros los Couture, los Cognet, los Deveria, y sobre todo Delacroix, cuyas obras le horrorizaban; no las comprendía; no era comprensivo para todo; pero ¿quién podrá enorgullecerse de comprenderlo todo?

Al pensar en llevarme a su casa, el señor Dubois me hacía objeto de una distinción muy especial. Solo, con su ama de llaves, sin parientes y sin amigos, no recibía jamás a nadie, y esta fué la razón de que circularan tantas versiones incongruentes acerca del aposento donde nadie había entrado. Era un segundo piso interior en un hotel viejo de la calle de Sainte-Anne, donde vivía el señor Dubois desde su infancia.

Nacer, vivir y morir en la misma casa.



El señor Dubois había sentido adoración por su madre, la cual era hermosa, tocaba el arpa como la señora de Genlis y pintaba flores como Van Spandonck. Murió de repente en 1815, y se decía que su hijo dejó intacta la alcoba, con el arpa, una romanza abierta sobre el clavecino, la caja de acuarela y unas flores que había empezado a pintar; el polvo de cuarenta años lo cubría todo como una mortaja. También se afirmaba que había en la sala del señor Dubois el retrato de una señora empolvada, cuya mano derecha desaparecía bajo un ramo de rosas, y no faltaba quien añadiese que aquel retrato era el de una bisabuela del señor Dubois, que desde su lecho de muerte había enviado por escrito a su hijo su maldición; y que al mes y medio de morir apareció una mañana en su retrato la mano derecha escondida bajo un ramo de rosas recién pintadas. Creyóse que desde la tumba dispuso la sustitución para dar a entender que revocaba las frases crueles de su última carta. Habían vivido en aquella casa varias víctimas del Terror, cuyas sombras indignadas recorrían las escaleras y los pasillos.

De cuando en cuando el señor Dubois me anunciaba:

—Hijo mío, quiero que uno de estos días veas mis antigüedades.

Mi padrino, el mejor y el más razonable de los hombres, algunas veces reprochaba al señor Dubois su predilección por lo antiguo. Mi padrino consideraba la antigüedad bella pero fría, falta de co-

razón. Como Gautier, estimaba en mucho los viejos cuadros de la escuela alemana y los primitivos italianos.

Una vez elogiaba la obra de los Cuatrocentistas, y el señor Dubois fué de su opinión.

—En mi concepto—dijo—Mantegna es un admirable maestro. Hace treinta años encontré en Verona un *Cristo yacente* de Mantegna; un cuadro magnífico de dibujo imperioso y firme.

Encaróse conmigo y prosiguió.

—Hijo mío, quiero que lo veas.

La visita quedó al fin convenida; recuerdo que se fijó el jueves después de Pascua. Me vestí con lo mejor que tenía y me puse el sombrero de copa. En aquella época ni los jóvenes como yo podían usar hongo. A la una y media salí de mi casa, muy emocionado.

En el descansillo me pareció que alguien jadeaba, como en otro tiempo jadeaba mi pobre Melania, y vi a la señora Cochelet sentada en un escalón con la cabeza entre las rodillas, verdaderamente repugnante. El lobanillo que tapaba su ojo derecho era ya del tamaño de un puño, y el ojo tapado destilaba, sobre la mejilla manchada de barro, lágrimas viscosas y sucias. Su cofia mugrienta y su ceñidor negro, sacudidos por la tos descubrían un cráneo calvo y mugriento. Los pendientes de oro que lucían en sus orejas acababan de afearla. Al pasar junto a ella aparté la vista y apresuré el paso, pero ella me llamó bruscamente.



Me acerqué a ella, y me dijo, después de clavar en mí sus ojos iracundos:

—Amiguito: ¿no es verdad que al oírme resollar pensó usted, «es una foca»? Porque si hubiese pensado que era una mujer, sin duda se quitara el sombrero.

Volvió a hundir su cabeza entre las rodillas y comenzó de nuevo a jadear.

Avergonzado mascullé algunas excusas, y la ofrecí el brazo para ayudarla a subir la escalera.

Ella rechazó mi obsequio; me alejé triste y confuso.

Pero ya en la calle, un airecillo fresco, sutil, y un cielo riente, me rodearon de alegría y de olvido. Yo amaba mi hermosa ciudad, y me la representaba en miniatura para estrecharla tiernamente dentro de mi corazón: amaba mi río ciudadano, que se adorna con puentes de piedra; amaba los anchos muelles ilustres y familiares, donde tras filas de árboles se yerguen viejos hoteles y palacios. Aquellos muelles se cubrían entonces de calma y de silencio; entonces la vulgaridad de los tranvías no turbaba su majestuoso ambiente. Crucé el Sena por el puente de hierro guardado por cuatro mujeres de piedra que nunca sonríen; atravesé el patio del Louvre donde, arrogante, pregonaba en cada una de sus piedras la historia de Francia el palacio de las Tullerías, cruelmente incendiado diez años después por los vencidos y arrasado más tarde por los burgueses malhechores. Franqueado el postigo de la

ecalera y cruzada la calle de Rívoli, me hundí en el dédalo de callejuelas tortuosas, que perecieron más adelante bajo la piqueta, y llegué a la esquina que forma la calle de Sainte-Anne con la calle de Therese. Allí habitaba el señor Dubois desde su infancia el segundo piso de un hotel del tiempo de Luis XV. Me recibió Clorinda, y en verdad disimulaba cuidadosamente su afición al vino, pues nunca vi una vieja más grave, más tranquila, más blanca ni más silenciosa.

Ya en el recibimiento se advertía que la casa del señor Dubois era la de un devoto del Arte y de la Historia, puesto que allí aparecían ya sarcófagos romanos y fragmentos de estatuas. En el comedor había mármoles, y alguno de esos vasos rojos adornados con figuras negras de bello estilo griego, que aún se llamaban entonces vasos etruscos. El señor Dubois me presentó como el más rico tesoro de su casa un torso en mármol pentélico de joven fauno con una piel sobre el hombro, y me ponderó la gracia, la pureza, la sencillez de aquella escultura.

—La mutilación de una obra semejante—me dijo—es uno de los crímenes de la Humanidad; pero cuando alcanza una obra este grado de perfección su belleza reside por entero en cada una de sus partes, mientras que nuestras obras modernas, si pierden la expresión, es decir, el gesto, lo pierden todo.

Las frases brotaban oportunas en sus labios:

—Nuestra poesía, nuestro arte, nuestra filosofía



debieran acercarse a lo antiguo. ¿Por qué? Porque no se puede hacer nada más bello, nada mejor, nada más equilibrado. Los griegos alcanzaron la perfección en las artes. Fué el privilegio de una raza bien dotada que, en un hermoso clima, bajo un cielo puro, sobre una tierra de superficies armoniosas, a la orilla de un mar azul, disfrutó de la libertad.

»Hijo mío, hay en Herodoto una frase que debemos recordar siempre; el viejo historiador la pone en boca del Espartano Demarato, el cual dice a Gerges: «¡Oh rey!, ten presente que la pobreza es fiel amiga de los griegos, y va siempre acompañada por la virtud, hija de la prudencia y del buen gobierno.» Los griegos, y esta es la característica más afortunada de su genio, tomaron al hombre por medida de todas las cosas, y creyeron en la justicia de los dioses, o por lo menos en su moderación».

Con halagadora solicitud me hizo ver el señor Dubois las pinturas y los dibujos que en otro tiempo trajo de Italia o adquirió en París. Fijaba especialmente mi atención en sus pintores predilectos: el Guido, los Carroche, el Españoleto, Battoni y Rafael Mengs.

Las figuras hirsutas de los evangelistas y de los mártires, sumergidas en una oscuridad profunda, me entristecieron; las academias de David no lograron exaltarme, a pesar del entusiasmo con que me las presentaba el señor Dubois, quien reconocía la bru-

talidad del pintor, pero le admiraba por haber sabido oponerse al mal gusto de Boucher, de Pierre y de Fragonard.

Luego me introdujo en una estancia donde se picoteaban las palomas sobre las molduras de los espejos empañados. Algo de verdad había en los rumores extendidos acerca de aquella estancia misteriosa. Vi, efectivamente, un arpa con todas sus cuerdas, y sobre el clavecino papeles de música; vi en la pared el retrato de una señora empolvada, con una manteleta blanca cruzada sobre el pecho, y cuya mano derecha estaba oculta bajo las rosas que sin duda fueron pintadas posteriormente por un presuroso pincel; pero el señor Dubois se limitó a decirme que aquellos muebles eran de sus padres.

Luego me mostró una cómoda de marquetería, estilo Luis XV, orlada con bronces dorados al fuego; sillones de madera dorada, tapicería con asuntos pastoriles, colgaduras de Beauvais; y murmuraba sonriente:

—Son los muebles de mi bisabuela. En mi juventud me abrumaron. Ya sabes que en la época del Directorio y del Consulado hubo una profunda revolución en lo artístico. El gusto que había empezado a depurarse ya en los últimos años de la Monarquía, resucitó lo griego y lo romano y consideró grotesco el estilo de la vieja Francia. Yo vivía entonces con mis padres; era joven, y lastimaron mi amor propio exaltado aquellas vejeces que amueblaban mi casa y entre las cuales tenía que recibir



a mis amigos, algunos de ellos pintores, discípulos de David y como éste amantes de la antigüedad. Recuerdo que un día fuí presentado a la señora de Noailles, que al volver de la emigración habitaba en la Chaussée d'Antin un hotel decorado por David y amueblado conforme a diseños de Percier y de Fontaine. Cubrían las paredes, pintados, imitación de bronce: haces, corazas, cascos, machetes y frisos heroicos. Veíase a Rómulo y Remo amamantados por la loba, a Bruto condenando a sus hijos, a Virginio inmolando a su hija... ¡Qué sé yo! Nos sentábamos en sillas curules; decoraban el gabinete de confianza figuras copiadas de los frescos de Herculano sobre fondo rojo. Aquel decorado, aquellos muebles, me parecieron admirables. Es posible que la belleza de la señora, cuyos cabellos rubios y cuyos brazos marmóreos eran verdaderamente magníficos, acreciera mi admiración por las paredes en que se posaban sus miradas, por los sillones en que descansaba su cuerpo de diosa. Lo indudable es que salí del hotel de Noailles loco de entusiasmo, y cuando de regreso en mi casa volví a verme entre las cómodas ventrudas, los butacones de patas encorvadas, las tapicerías con pastorcitos y corderos, casi lloré de vergüenza y despecho, y quise demostrar a mi padre que aquellas vejeces eran ridículas, que ni siquiera los Chinos produjeron jamás nada tan absurdo ni tan grotesco. Mi padre estuvo conforme: «Ya sé, me dijo, que ahora se hacen mejores muebles y de mejor

gusto. Si alguien me diese a cambio de estos, antiguos, unos muebles dibujados por los señores Percier y Fontaine, se lo agradecería mucho; pero como no habrá nadie bastante loco para ello, me contentaré con estos muebles que mis padres me legaron, pues no soy bastante joven ni bastante rico para amueblar a la moda mi casa.» Aquellas frases fueron para mí un motivo de amargura, y sin embargo, ya lo ves, amigo mío, sea por respeto filial, sea por negligencia, conservo estos muebles; y ahora me dicen que hice un bonito negocio, porque estos muebles entonces despreciados, adquirieron valor y se pagan a precios muy considerables.

Mientras hablaba tenía fijos los ojos en un cuadrito colgado cerca de su lecho. Yo acababa de ver ancianos de Guido y de los Carroche, mártires de Ribera, un terrible Eliezer entre extraños camellos, de Battoni, un *Cristo yacente* pintado por Mantegna con una perfección implacable. Confieso que aquellas obras eran demasiado crueles para mi edad; pero el cuadrito que vi cerca de la cama ofrecía una encantadora cabeza de óvalo perfecto, con el pelo de un rubio dorado, los ojos de violeta, la mirada dulce y los hombros juveniles y suaves.

—Es muy hermosa—exclamé.

—¿No la conoces? Es un boceto de la *Psiquis* de Gerard. El cuadro figuró en el Salón de 1796, y ahora está en el Museo del Louvre; pero este estudio vale mucho más que la parte correspondiente en el cuadro. ¡Qué diferencia entre esta primera expresión, tan acertada, y la pintura definitiva! Seguramente la cabeza de Psiquis en la obra completa es de perfecto dibujo y de primorosa ejecución, pero algo fría, demasiado trabajada. En cambio este estudio es de una factura más libre, de una manera más amplia, tiene mayor sentimiento, más calor, más lozanía en la carne, una ternura, una sensualidad que no aparece en el cuadro del Louvre. Este fragmento acusa la verdad, la naturaleza sorprendida y fijada; este rostro vive; la modelo ha emocionado al pintor.



—Pero no es posible—aduje—que la modelo fuera tan hermosa como esta figura.

—Sí; era muy hermosa. Gerard fué, sobre todo, un excelente pintor de retratos, y lo que ves, amigo mío, es un retrato, no terminado por fortuna; lo dejó en el momento en que hubiera perdido si trabajara más en él. Puedo asegurarte que este estudio representa fielmente a la modelo, sin lisonjearla... Y has de saber que la lisonja es un ultraje a la belleza. La modelo que sirvió para la Psiquis, fué célebre entre los pintores durante largo tiempo. Se llama Celina... Reconocerás a Celina en muchos cuadros de la época imperial. Fué muy amiga de David, con quien regañó; él era brusco y ella orgullosa y de agrio carácter. Sirvió de modelo a Gerín y a Girodet, al barón Regnault, y más tarde a Hersent. Celina y la Margarita de Prud'on fueron las más hermosas modelos de la época. Margarita exhalaba un sentimiento voluptuoso, pero Celina era más esbelta,

más delicada, más elegante; había más riqueza en sus cabellos y más vida en su tez. En 1815, pasada ya su primera juventud, era tan grande su fama entre los pintores, que el emperador Alejandro de Rusia durante su estancia en París quiso conocerla, y la dió para sus «papillotes» un fajo de billetes de mil rublos. También se dice que la duquesa de Angulema quiso conocer a Celina y le hizo un regalo. Yo la encontré un día en el estudio del señor Forbin cuando aun era hermosa, pero estaba ya gruesa. De esto hace cuarenta años... Todavía vive.

Salí del aposento del señor Dubois con el alma rebosante de visiones en las que se confundían las épocas de un modo extraño, y me obsesionaba la sombra de Celina. Durante algunos días aquella sombra me ocultaba el mundo; la veía en todas partes. Yo estaba loco; más que loco, idiotizado.

## XVIII

### LAS FLORES SE MARCHITAN

No me fué posible interesar a Fontanet y a Alsine cuando les hablé, en el jardín del Luxemburgo, del señor Dubois, de Gerard, de *Psiquis y el Amor*. Fontanet, que se había matriculado en la Escuela de Derecho, sólo se preocupaba de heredar los triunfos forenses de Berryer, y Alsine no apartaba sus ojos febriles del alfabeto fenicio que acababa de descubrir; por lo cual ensalcé inútilmente la belleza de Celina, ante la estatua de Velleda que se alzaba entonces blanca y pensativa en el laberinto donde las abejas zumbaban en torno de los citisos en flor. En el delicioso jardín se oía el continuado y suave murmullo de los plátanos; el aroma pérfido de los jazmines embalsamaba el aire, y todo nos advertía que las horas son fugaces y que nada es duradero.

Algún tiempo después fuí a ver a Celina en el salón imperial del Museo del Louvre, donde las mujeres con chales rojos, los coraceros heridos, los apestados del hospital y los ejércitos en batalla, los desterrados que vuelven a su hogar destruído, la Justicia Divina que persigue el crimen, Leonidas y